



MNEMOSINE, A UN CLICK DEL OLVIDO

Myriam Ríos Madrid

Docente del Programa de Psicología
Funlam

Hace unos días, cuando acababa de leer el texto “Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?” de Nicholas Carr, libro que considero, todo psicólogo debería leer, independientemente de la corriente en que se inscriba, he escuchado una sentencia hecha por un premio nobel de medicina brasileño que dice: “En el mundo actual, se está invirtiendo cinco veces más en medicamentos para la virilidad masculina y silicona para las mujeres, que en la cura del Alzheimer. De aquí a algunos años, tendremos viejas de tetas grandes y viejos con pene duro, pero ninguno de ellos se acordará para que sirven” (www.frasecelebre.net).

Por supuesto que el planteamiento me produjo risa, seguida de una curiosidad por saber más sobre este sabio actual. Cuando tuve oportunidad busqué en internet, y ¡qué confirmación!, el supuesto autor, Drauzio Varella, no es nobel y no pronunció tales palabras. Nuevamente, como gran parte de lo que circula en la red, esto era una falsedad en términos de la autoría y del título académico, lo cual, no convierte de entrada al planteamiento como tal en falso. Por eso lo cito hoy, ya que me permite introducir un asunto fundamental tocado a fondo en el texto de Carr que he recomendado al inicio.

Carr, un estudioso de la computación se empeña en escudriñar los efectos cerebrales que tiene el uso continuo de las nuevas tecnologías; basándose en numerosas investigaciones y en su propia experiencia, hace

pronósticos poco favorables para la humanidad, ya que aspectos básicos y distintivos del hombre como la memoria, la atención, la capacidad de escritura, el pensamiento complejo, entre otros, se están viendo seriamente afectados por la inmersión cada vez más profunda del ser humano en el universo informático. Aunque consideraré varios aspectos, voy a centrarme fundamentalmente en uno, la memoria, cuya pérdida, en términos de lo planteado por Carr no tendría nada que ver con la poca investigación, como supuestamente señala el falso premio nobel.

El asunto es muy sencillo, cada vez el ser humano utiliza menos la memoria, cada vez se le exige menos al cerebro que ponga a funcionar esta antigua, eficiente, insondable y mágica función, porque, sencillamente, no hay urgencia, necesidad ni utilidad en hacerlo. En su libro, Carr trae a colación varios testimonios y ejemplos, veamos uno de ellos:

David Brooks, popular columnista de The New York Times, hace una observación similar. “Yo pensaba que la magia de la era de la información consistía en que nos había permitido saber más - escribe-; pero luego me di cuenta de que la magia de la era de la información es que nos permite saber menos. Nos proporciona servidores cognitivos externos; sistemas con memoria de silicio, filtros de colaboración *online*, algoritmos de las preferencias del consumidor y conocimientos en Red. Podemos cargar estos servidores y liberarnos nosotros” (Carr, 2011:220).

Todo indica que nos estamos liberando de una función cerebral que tardó millones de años en estructurarse y convertirse en lo que es hoy la memoria humana: una fuente inagotable de recuerdos, una facultad desde la cual se puede mirar, a veces obstinadamente, hacia el pasado; que nos permite sumergirnos a diario en ese perpetuo devenir pretérito-presente en el que se desenvuelve nuestra existencia y proyectarnos con base en lo anterior, en un futuro que es desconocido, pero dependiente en gran medida del pasado.

Estamos desechando una facultad que el tiempo, en compañía de la paciente evolución, se empeñó en labrar día a día, paso a paso, desde el momento mismo en el que la vida surgió en la tierra adoptando múltiples formas, una de ellas, la nuestra, la de seres por excelencia precedidos de historia, de un rico pasado, que querámoslo o no, a nivel personal y social, nos afecta, nos determina, nos taladra, nos viene a la mente una y otra vez. Los

seres humanos hemos llegado a ser, acumuladores de recuerdos, portadores de recuerdos, y en muchas ocasiones, torturados por ellos, presos de ellos.

Desde la antigüedad, la memoria ha sido un aspecto que ha generado grandes interrogantes en el ser humano, los mismos filósofos se ocuparon de dar respuestas a ellos. Hoy, los estudios en el campo de la memoria son numerosos, llegando a establecer, por ejemplo que el ser humano ha desarrollado un tipo de memoria llamada “episódica” que le permite almacenar el cúmulo de los acontecimientos y experiencias de su propia vida; toda su biografía, tan particular, permanece guardada allí; igualmente, posee una memoria “semántica” en la que guarda los acontecimientos y datos generales, el equivalente a una gran enciclopedia con todo lo referente al mundo y al lenguaje.

Vale la pena recordar que los animales diferentes al hombre, también poseen memoria, incluso los invertebrados; por supuesto, se trata en ellos de una memoria menos compleja, acorde con su estructura, con sus simples necesidades biológicas. La memoria humana, al contrario, es un poderoso instrumento sin el cual, difícilmente, el hombre podría orientarse en el vasto universo de las relaciones sociales en el que se sumerge cada instante; sin el cual, no habría podido dominar la naturaleza en la medida en que lo ha hecho y poseer un nivel intelectual que le ha permitido dominar a sus semejantes y justificar a partir de teorías esta dominación. Veamos otro testimonio dado por Carr:

Peter Suderman, que escribe en *American Scene*, sostiene que, con nuestras conexiones más o menos permanentes a internet, “ya no es terriblemente eficiente usar nuestro cerebro para almacenar información”. Según su opinión, nuestra memoria debería adaptarse a funcionar como un simple índice que nos señala los lugares de la Web donde se pueda localizar la información que necesitamos en el momento en que se necesite. “Por qué memorizar el contenido de un solo libro, pudiendo usarse el cerebro como guía rápida de toda una biblioteca? En lugar de memorizar la información, la almacenamos digitalmente y sólo es preciso recordar que la hemos almacenado”. A medida que la Red “Nos enseña a pensar como ella”, dice, vamos a terminar con más bien pocos conocimientos en nuestra propia cabeza (220).

Al parecer, la complejidad de este proceso, otrora tan importante, está quedando relegada al recuerdo de cómo mover un mouse, mejor, de cómo tocar una pantalla, y, a la evocación de las seis letras mágicas del omnipotente buscador por excelencia, Google. No es necesario tener nada en la cabeza,

porque todo puede estar almacenado fuera de ella, en dispositivos cada vez más pequeños, más expandibles y más veloces.

En este sentido, haciendo un análisis relativamente simple, apoyado en la vieja, pero vigente idea de Lamarck, que de manera resumida puede expresarse como: “órgano que no se utiliza se atrofia”, es claro que la memoria como función cerebral está cada vez menos ejercitada porque su competidora de silicio resulta más atractiva, eficiente y veloz. Para qué ejercitar la memoria, para qué aprender, grabar conceptos o teorías en la mente, parece gritar al unísono la humanidad, si para eso está el omnipotente, omnipresente, inteligente, sabio, principio y fin de todas las búsquedas; ese al que consideramos el siervo fiel que siempre acude a nuestro llamado, a cualquier hora, en cualquier lugar, sin poner condiciones; ese, que a partir de una sola letra interpreta nuestro pensamiento, se adelanta a nuestro deseo pretendiendo colmarnos con millones de entradas, de imágenes, de textos, de comentarios; ese, al que estamos inexorablemente unidos por un lazo más fuerte que la sangre, porque según dicen, los niños ahora nacen con el mouse en la mano, ya no lloran al nacer, el nacimiento ya no implica un trauma como pensaba Otto Rank, por qué llorar si los espera el black berry, la tablet, el pc, ellos lo saben y por eso nacen felices, porque nacen, en términos de Leibniz, en “el mejor de los mundos posibles”; ese, que ahora le parece a la humanidad que encierra el carácter de lo que San Agustín llamaba en la edad media “necesario”, cualidad que según él, sólo Dios poseía, es decir, filosóficamente, ese que no puede no existir; ese, que hoy se hace llamar Google...

Según Carr, otra de las funciones afectadas por esta dependencia del computador es la atención, compañera inseparable de la memoria, ya que si no hay atención selectiva, difícilmente se fijarán los contenidos en la memoria. En este sentido, la Web parece haber sido creada para distraer al ser humano, la Web se nos presenta como un enjambre de distractores que cada segundo agujonean al usuario, así lo señala el autor:

La afluencia de mensajes en mutua competencia que recibimos cuando entramos en internet no sólo sobrecarga nuestra memoria de trabajo, sino que hace mucho más difícil que nuestros lóbulos frontales concentren nuestra atención en una sola cosa. El proceso de consolidación de la memoria no puede ni siquiera empezar. Y gracias una vez más a la plasticidad de nuestras vías neuronales, cuanto más usemos la Web, más entrenamos nuestro cerebro para distraerse, para procesar la información muy rápidamente y de manera

muy eficiente, pero sin atención sostenida. Esto ayuda a explicar por qué a muchos de nosotros nos resulta difícil concentrarnos incluso cuando estamos lejos de nuestros ordenadores (235).

Es claro que la atención humana es un proceso complejo al que le debemos no sólo los grandes logros intelectuales de la humanidad, sino todas las pequeñas acciones que nos hacen diferentes a los animales; desde el lanzamiento de una nave espacial, hasta el poder seguir el hilo de la conversación de quien tenemos en frente. La atención representa una gran conquista evolutiva ya que:

El estado natural del cerebro humano, como el de los cerebros de la mayoría de nuestros parientes en el reino animal, tiende a la distracción. Nuestra predisposición es a desviar la mirada, y por lo tanto nuestra atención, de un objeto a otro, ser conscientes cuanto más posible de todo lo que está pasando en torno a nosotros (84).

Así, la atención nos muestra la capacidad cerebral humana en pleno, filtrando la información del exterior y centrándose sólo en lo relevante para la realización de una tarea. El asunto con las nuevas tecnologías es el bombardeo constante de estímulos, el veloz paso de un link a otro, de una página a otra, de un contenido a otro, lo que hace imposible una atención selectiva y sostenida. Es decir, lo que fue una gran conquista biológica se estaría perdiendo nuevamente por el uso continuo de las nuevas tecnologías, cosa que por ejemplo, no sucedió con el libro, ya que este, ayudaba a fortalecer la atención, pues, leer un libro implica una gran concentración, un aislarse de los estímulos externos, cifrando la atención en el contenido de lo que se lee, más, cuando se trata de lecturas complejas que requieren profundidad de pensamiento, análisis, razonamiento.

Vale la pena presentar aquí, las palabras de un famoso e importante personaje de nuestra época, Arnold Schwarzenegger, quien, impregnado del espíritu de la época emitió sobre los libros su propia valoración “libros de texto anticuados, pesados y caros” (Schwarzenegger, citado por Carr, 118). Valoración hollywoodesca que bien puede hacerse extensiva no sólo al ciudadano común, sino a los mismos círculos universitarios. Todos sabemos que Wikipedia no pesa, contrario a los viejos libros, no pesa nada, apenas, lo que pesa el celular; pero, en la valoración personal de muchos, pesa más que la biblioteca de Alejandría y que todos los libros de la humanidad juntos, porque para muchos, ella reúne todo el saber universal, porque es digna de todo

crédito, porque se renueva constantemente, porque lo dice todo rápido, fácil, gratis.

Considerando todo esto, podría decirse que hoy la humanidad no parece temerle al fuego que pueda amenazar lo que hasta hace poco era considerado uno de sus tesoros más valiosos, los libros; o amenazar los recintos, también considerados como sagrados, las bibliotecas. Nadie parece estar hoy preocupado por eso; todos los libros del mundo pueden estar en la red, en la nube, en Google, ningún fuego podrá alcanzarlos, acabarlos; por primera vez, la humanidad puede dormir tranquila, en su fuero interno se lo repite, el silicio es, entre otras cosas, indestructible, inmortal. En el hipotético caso de algún accidente, no hay de qué preocuparse, las mentes de silicio, podrán, muy seguramente a partir de unas cuantas palabras reconstruir lo perdido, incluso crear cosas nuevas, obras literarias, historias, mitologías, teorías filosóficas. Duerme pues, plácida humanidad, que la red te cubre con su manto.

En este sentido, resulta interesante preguntarnos si es en esta distracción estructural del cerebro humano, donde estaría asentada la gran fascinación que las nuevas tecnologías ejercen sobre el hombre actual. La imagen, tan cotidiana, de cada uno pegado a su dispositivo, moviendo sus pulgares y sus ojos en una y otra dirección, con una expresión de placidez en el rostro, aunque lleve muchas horas sin dormir, cada uno en lo suyo, brincando a un lado y otro de la pequeña pantalla; en apariencia, metidos en sí mismos, pero realmente, descentrados de sí mismos, lejos de sí mismos; quizás, no queriendo saber nada de sí, de su condición humana, de su enfermedad, de su soledad, de la inminente muerte; cada uno saltando a uno y otro chisme de la farándula, a la vida del otro que no conoce, pero que exhibe su intimidad en el Facebook; en fin, cada uno en ese ir y venir lo más lejos posible de sí mismos; he aquí, pues, una paradoja de la actualidad, en sí mismos y fuera de sí mismos.

El único temor ahora, es a estar desconectados; incluso, ya se habla de varias patologías asociadas al uso del computador y del celular, hermano y seguro sustituto del PC a mediano plazo; el espectro patológico incluye la “nomofobia”, un miedo exagerado a no tener el celular en un momento del día, terror ante la posibilidad de dejarlo en casa, de perderlo. Otro trastorno es el

“sleeptextin”, patología que se caracteriza porque el usuario duerme con el celular muy cerca de su cuerpo y durante el sueño habla y envía mensajes sin estar consciente de ello; al despertar, no se acuerda de lo que hizo, pero en el aparato ha quedado registrado todo. En ambos casos se observa la dependencia extrema del celular. Muy seguramente la vida cotidiana de estos individuos depende totalmente de la memoria que posee este pequeño aparato, en el que no sólo guardan sus contactos, sino, al que le confían la tarea de recordarles cada una de sus acciones diarias, desde la hora de levantarse, hasta los puntos que deben tratar en una reunión, la dirección de la casa donde viven, el cumpleaños del ser más cercano y lo que deben comprar en el supermercado antes de regresar a casa.

Ahora bien, sin ánimo de caer en visiones apocalípticas, tan en boga hoy en día, puede decirse que el panorama no pinta muy bueno para la humanidad, veamos un planteamiento de Carr que me parece, condensa lo que está sucediendo y lo que puede pasar: “La descarga de nuestra memoria a unos bancos de datos externos no sólo amenaza la profundidad y el carácter distintivo del ser. Amenaza también a la profundidad y el carácter distintivo de la cultura que todos compartimos” (238).

Si sólo nos quedamos en un almacenamiento de la información a nivel sensorial o a corto plazo, ¿qué será de esos contenidos que vale la pena conservar a largo plazo porque nos permiten ubicarnos en el mundo, sostener una conversación medianamente interesante, analizar situaciones pasadas o presentes, aventurarnos a predecir el futuro cercano o lejano, reflexionar sobre lo que nos pasa? ¿Qué será de ese cúmulo de experiencias que nos hacen únicos a nivel individual, pero que sumadas conforman el espíritu de la época, la cosmovisión del momento histórico en que vivimos? ¿Qué será de la humanidad si todos nos volvemos amnésicos, olvidados de su pasado, despreciadores de los acontecimientos históricos; si todo lo tenemos a un click, si no vemos la necesidad de guardar nada en nuestro interior, porque cada instante lo podemos bajar de la nube, lo podemos utilizar un segundo y olvidar, desechar?

Aunque mirando a mediano plazo, a mi parecer, la humanidad parece dirigirse hacia la erradicación total de la amnesia, porque donde no hay

memoria, no puede haber amnesia; no se puede olvidar cuando no hay mucho en la mente, de esto parecen estar privando las nuevas tecnologías a gran cantidad de personas, de tener un mínimo de conocimiento, de tener en la mente algunos pilares, un punto de apoyo desde el cual mirar la realidad, analizar la realidad, cuestionar la cultura, dudar de lo establecido, plantear alternativas.

Es sabido que la amnesia debe estar referida a los recuerdos, a la dificultad de evocación, a la no recuperación de lo que hubo en la memoria, cosa cada vez más difícil, pues con el grado de dependencia actual, no hay tiempo para guardar contenidos en la mente y con la vida social tan reducida, ni siquiera la memoria episódica tendrá una abundancia de recuerdos personales, ya que estos seres tienen tan poco contacto físico con los otros, que viven encerrados en sus cuartos, mejor, encerrados en sus aparatos; que no levantan la vista para mirar al otro que come a su lado, que camina a su lado; que no observan el paisaje que los rodea porque no pueden separar la vista de la pantalla; que la mayor parte de las horas del día están metidos en su dispositivo, que no parecen disfrutar nada de lo que les brinda el mundo exterior, los otros, en estos seres, muy seguramente, sus recuerdos se limitarían a unos borrosos: “estuve conectado”, “estuve conectado”, “estuve conectado”, “estuve conectado”... así, hasta el infinito.

De otro lado, la memoria semántica, esa que guarda hechos, acontecimientos, verdades generales, hace muchos años que venía siendo amenazada de muerte desde las aulas, por posturas pedagógicas que predicaban que la memoria no sirve para nada, que urgía acabar con ella. Hoy, la tecnología parece estar dando la estocada final que acabará con la memoria; pronto se podrá proclamar la muerte de la memoria. Mnemosine ha muerto, pues, víctima de la pedagogía y la tecnología. Recordar es vivir, decían algunos; la consigna ahora parece ser, vivir es olvidar.

A manera de remembranza, considerando la narración mitológica, podríamos decir que por Mnemosine existe todo lo bello que posee la cultura occidental, eso, que para Freud, nos hace olvidar por momentos el dolor de existir, lo efímero de la existencia, el inexorable poder de Thánatos, eso que no es otra cosa que el arte, y el arte en occidente está indisolublemente ligado a

las Musas, esas bellas hijas de Mnemosine y Zeus, ese padre omnipotente que en uno de sus arrebatos eróticos, visitó por nueve noches consecutivas a Mnemosine, dando origen a estas nueve mujeres fantásticas, protectoras de las artes, las Musas. Esto lo señalo para recordarles que sin memoria, no hay, no puede haber historia, tragedia, comedia, música, danza, poesía amorosa, poesía épica, astronomía, canto. ¿Qué más puede definir, particularizar una cultura que el arte que ella crea? ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia el olvido de nuestros fundamentos? ¿Hacia el abismo insondable en el que nos precipita cada día el onanismo tecnológico que nos hace vivir y valorar por encima de todo la realidad virtual, la nube, la conexión ilimitada, las redes sociales? ¿Estará el ser humano acercándose cada vez más hacia una simbiosis con el silicio, ya que con el otro de carne y hueso las relaciones son difíciles, conflictivas, exigen la confrontación, exigen poner la cara, asumir lo que se dice y se hace, hablar frente a frente, sin mediación de la pantalla, cosa insoportable para muchos?

En este punto, resulta válido citar a un ícono de de la actualidad, un personaje que es un referente para millones de jóvenes y que forma parte de un sector cuyos miembros están ocupando hoy el lugar que otrora ocupaban los filósofos, se trata del cantante de reggaetón, Daddy Yankee, quien hace pocos días en un momento de rabia emitió en twitter una sentencia tan contundente, que, a mi juicio, desde los tiempos de Nietzsche, no se pronunciaba en occidente un aforismo de tal calibre. Así se expresó este Sócrates actual: “Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad. El mundo sólo tendrá una generación de idiotas” (www.metro.pr/entretener/daddy-Ynakee). Lástima que el planteamiento no sea de él, sino de Einstein, aunque, hay que reconocer que de manera muy honrada, el cantante citó la fuente original

Vale la pena recordar que en la antigüedad griega “idiota” era aquel individuo que vivía para sí, al que sólo le preocupaban sus asuntos, sin interesarse por lo público, por lo que sucedía en la polis. Como en el mundo griego lo público era supremamente importante, es decir, los intereses de la polis primaban sobre los particulares, rápidamente el término pasó a ser un insulto dirigido a quienes no participaban de lo público, de lo colectivo. Hoy en día, el término se suele utilizar como insulto, pero no propiamente en el

sentido que lo fue para los hombres griegos, para quienes era intolerable que un individuo libre no participara en la vida de la polis, no se sumergiera en lo público, no se interesara en los asuntos colectivos.

Analizando rápidamente el planteamiento de Einstein, vociferado por del cantante, vemos que encierra una gran verdad, pues, el hombre actual, imbuido en su estrecha relación con la tecnología, con los oídos tapados con un aparato que le aísla de los rumores del mundo exterior; con sus manos ocupadas en un teclear constante, imparable, infinito; con su cerebro brincando de un link a otro, de una página a otra, difícilmente podrá darse cuenta de lo que pasa a su alrededor, difícilmente podrá ocuparse de los asuntos colectivos, podrá tener una sensibilidad frente a lo que sucede en el mundo, podrá tener una mirada atenta, reflexiva y profunda sobre la época en que vive, sobre la comunidad en la que habita, sobre el hogar en cuyo seno nació, y, lo más grave, cuyo techo parece servir hoy sólo para resguardar de la lluvia y el viento a sus más preciados objetos: el PC, la Tablet, el celular.

Por último, no podría cerrar esto sin mencionar nuevamente a Freud, quien de manera profunda reflexionaba en "*El malestar en la cultura*" sobre lo que la ciencia y la tecnología había posibilitado al hombre, grandes cosas, por supuesto, pero también veía los efectos de estas producciones culturales en ese ser indefenso que siempre es el hombre: "El hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un Dios con prótesis: bastante magnifico cuando se coloca todos sus artefactos, pero estos no crecen de su cuerpo y a veces aun le procuran muchos sinsabores" (Freud, 1981:3034).

Sinsabores que hoy podrían traducirse en el grito de desesperación que constantemente lanzan los seres humanos: ¡se me perdió la memoria!, ese pequeño artilugio, que en sus pocos milímetros nos permite guardar tantas cosas, todo lo que en la cabeza no es posible, o no queremos guardar, esa pequeña prótesis mental de la que dependemos totalmente y cuya pérdida pone al borde de la locura a sus dueños....

REFERENCIAS

Carr, Nicholas. (2011). Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? Bogotá: Aguilar.

Freud, S. (1981). El malestar en la cultura. Obras completas, Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.